

EL ESPIRITU DE LA INDIA: EL CAMINO A LA SINTESIS

Lakhan Lal Mehrotra

En su perenne búsqueda de una vida mejor y más luminosa, el hombre no cesa de desarrollar nuevas ideas, hacer nuevas investigaciones, y establecer nuevas instituciones. Así han crecido las culturas y han florecido nuevas civilizaciones a partir de los comienzos primitivos del hombre hace varios milenios. En nuestro idioma cultura se dice Sanskriti o perfeccionamiento. El fértil cerebro del hombre y sus hábiles dedos han estado produciendo nuevos objetos todo el tiempo y los han perfeccionado para que se adapten al medio.

A través de este ciclo de creación y perfeccionamiento la identidad del homo sapiens ha permanecido básicamente la misma. Sigue siendo una criatura de su pasado y al mismo tiempo un arquitecto de su futuro. Estas dos cualidades de mirar hacia atrás y hacia adelante le son esenciales. Buddha describía la vida como un fluir continuo que retiene su identidad y sin embargo no es nunca lo mismo. Si el fluir se detiene, el río deja de existir, se convierte en otra cosa.

A través de los años el hombre ha desarrollado una técnica maravillosa para perpetuar el pasado y combinarlo con las necesidades del futuro. Esta técnica le permite retener lo que debe retener al tiempo de desarrollar una nueva trama de vida coherente con un medio ambiente en constante cambio, mediante un proceso de desafío y respuesta. En ciertas sociedades, este espíritu de síntesis ha sido más marcado que en otras. En el caso de la India, ha sido la esencia misma de su ser.

Escribiendo sobre el espíritu de la India, Rabindranath Tagore, el poeta sabio de la India, dijo, hace casi medio siglo:

“Amo a la India, no porque cultive la idolatría de la geografía, ni porque he tenido la suerte de haber nacido en su suelo, sino porque ha guardado a través de épocas tumultuosas las palabras vivientes pronunciadas por la conciencia iluminada de sus grandes hijos: Satyam, Jñânam, Anantam Brahma, Brahma es la Verdad, Brahma es la sabiduría, Brahma es el infinito; Śantam, Śivam Advaitam: la Paz está en Brahma, la bondad está en Brahma, y la unidad de todas las cosas”.

El Premio Nobel también citó las siguientes palabras como “la verdadera plegaria de la Madre India”:

Ya ekóvarno bahudhâ Śaktiyogât,
Varnân anekan nihitartho dadhâti;
Vichaiti Chânte Viśwamadau sa devah
Sa no budhya śubhayâ samyunaktu.

“Aquel que es uno, que está por encima de todas las distinciones, que dispensa las necesidades inherentes a todos los hombres, que comprende todas las cosas desde su principio hasta el fin. Que El nos una a los unos con los otros con la sabiduría de la bondad”.

Este concepto de la unidad de todas las cosas, animadas e inanimadas ha sido la pieza central de la cultura de la India desde tiempos inmemoriales. Le ha permitido a la India aceptar, tolerar y moldear lo que le llega desde afuera antes que rechazarlo o permitir que distinciones distorsionen su visión de la unidad básica de toda la existencia.

El panorama de la historia y las tradiciones de la India es en realidad muy vasto. Es también complejo ya que incluye un sexto de la humanidad y se trata de un mosaico rico puesto que es polícromo. Sin embargo, recorriendo sus diferentes sendas se obtiene fácil acceso a numerosos diseños sobre los cuales está estampado en relieve el sello de su espíritu de síntesis. Caminemos entonces esas sendas, de época en época, para probarlo.

El hombre apareció en la India varios millones de años antes de que la civilización india se convirtiera en algo muy distintivo con su núcleo en el Valle del río Sindhu, Indus para los griegos y Hindu para los persas. Las montañas Siwalik han arrojado evidencia de la presencia de los más primitivos homínidos sobre la tierra llamados Ra-

mapithecus hace alrededor de doce millones de años. Como sus pares en Kenia y Hungría, el Ramapithecus de las montañas Siwalik era un individuo bajo, de alrededor de un metro treinta de estatura, probablemente se alimentara de semillas, puesto que carecía de caninos, era bípedo y podía permanecer erecto y arrojar piedras. El Daśavatara Purâna, un antiguo tratado indio que rastrea la secuencia de encarnaciones del Ser Supremo en orden evolutivo menciona a Vamana o enano como una de ellas:

Matsya kûrma varahashcha,
Narasimhotha Vâmanah;
Râmo Râmashcha Ramashcha,
Buddho Kalkî cha te dasha.

Matsya o pez, que simboliza las formas de vida en el agua; Kûrma o tortuga, que podía vivir tanto en el agua como en la tierra firme; Varâha, el jabalí, habitante exclusivamente de la tierra; Narasimha, un hombre león (¿el gorila?) y Vâmana o enano (¿el Ramapithecus?). A estas sigue Râma, Parashûrama, Balarama y Buddha, que representan estadios de evolución del ser humano en los cuales sus facultades físicas y mentales demuestran un constante crecimiento hasta que llega a la encarnación completa del Ser Supremo en Krishna. Buddha es mencionado en esta lista como la representación de un altísimo estadio de evolución espiritual. En la historia de la India Buddha es considerado un punto culminante en la marcha de la civilización humana. Aún debe venir la décima reencarnación, Kalkî.

Ramapithecus o Vâmana llevaba consigo una notable síntesis: las raíces de su pasado animal y las semillas de una gran especie, el homo sapiens, a quien los Rishis, los sabios de la India antigua, describirían más tarde como la más alta forma de vida. Para el momento en que aparece el homo sapiens, la evolución física ya había alcanzado un alto punto y la evolución mental y espiritual debía ganar impulso.

El primer homínido, es decir el Ramapithecus o Vâmana, apareció el fin del Mioceno cuando el sistema himalayo-alpino ya se había formado.

El Ramapithecus o Vâmana era básicamente habitante de los bosques, un vanamânusha. Estaba todavía a millones de años de distancia del cultivo de alimentos que dio nacimiento a las grandes civilizaciones en la India, China, Irak y Egipto hace unos cinco mil años. En la India hay suficiente evidencia, sin embargo, del hombre

como recolector de alimentos en el Paleolítico y el Neolítico antes de la era de las grandes civilizaciones. La evolución del hombre sobre suelo indio hasta la Edad de Piedra siguió el modelo general de las culturas en otras partes de Asia, Africa y Europa. Sin embargo, alrededor del 4.000 a.c. habían surgido pequeñas comunidades al sur del Hindukush que tomaron cerca de mil años para florecer hasta convertirse en lo que la historia conoce como la fuente de la Civilización India, la cultura Sindhu. Al entrar en esa era vemos que aquel hombre ya no se conformaba con su habitación rural de juncos o paja. Comenzó a construir casas bien diseñadas, edificios y pueblos completos con sistemas de caminos, de drenaje y fortalezas. Ya no se limitaba a producir sólo utensilios de piedra para garantizar la vida sino que cultivaba también una variedad de granos. También inició la minería de oro, plata, plomo, cobre y estaño. Había avanzado del mundo de utilidad al mundo del arte también, puesto que producía hermosos adornos para su persona y juguetes. Su conquista de la naturaleza incluía la domesticación de animales de tanta importancia como el toro, el búfalo, la oveja, el elefante y el camello y tenía tiempo suficiente no sólo para danzas y música sino también para hurgar en los misterios de la vida y dar expresión a sus pensamientos del más allá. No sólo tenía lenguaje articulado sino que escribía y estaba familiarizado con el algodón y la lana, lo que le permitía dejar atrás las reminiscencias de su existencia animal. Las bases de cultura que sentó eran tan fuertes y poderosas que a pesar de un intervalo de casi cinco mil años sus modelos de pensamiento y comportamiento siguen animando en la actualidad nuestras vidas en la India. Esto no habría sido posible sin la magnífica operación del espíritu de síntesis al que me he referido. Entre sus dones de valor eterno está la práctica del Yoga, la tradición de las danzas clásicas indias, el sistema de contabilidad basado en unidades de 16 y el culto a Siva y Shakti.

Aunque los más importantes centros urbanos de la cultura Sindhu se encontraban a lo largo del río Sindhu, su dominio se extendía a zonas mucho más alejadas hacia el este y el sur, de modo que cubría un territorio verdaderamente vasto. Y lejos de vivir aislados, mantenían contacto regular con otros dos centros contemporáneos de civilización: la Mesopotamia y Egipto. En la costa occidental de la India en un lugar llamado Lothar hay un emplazamiento de un astillero perteneciente a esta época antigua que probaría sin lugar a dudas que el indio del quinto milenio antes de Cristo ponía la mira muy alto. La cultura Sindhu prosperó durante más de un milenio antes de comenzar a tener dificultades y sufrir asaltos.

Había tenido tiempo más que suficiente para asimilar, para crecer y para darle a sus ideas e instituciones una fuerza y un carácter duraderos.

El primer encuentro importante de esta civilización fue con los arios en el segundo milenio antes de Cristo. Mientras que en el estudio de la Civilización del Valle del Indo la fuente más importante es la arqueología, en el caso de los arios es la literatura. La vida y la época de los arios está reflejada en los Samhitas Védicos, el primer compendio literario de la historia.

Los cuatro samhitas, a saber el Rig, el Yajur, el Sama y el Atharva Veda, no son la obra de un escritor individual durante la vida de una persona. Contienen miles de himnos compuestos por los primeros profetas indios, los Rishis, durante generaciones y fueron transmitidos oralmente más de un milenio antes de ser puestos por escrito. Con el correr de los siglos fueron clasificados en Brâhamanas, que son mayormente ritualísticos, y Upanishads, mayormente filosóficos. Y luego con el correr de los siglos y de los años se escribieron comentarios sobre ellos llamados Dharma Sastras y Dharma y Grihya Sutras. Hay en estas obras una inmensa diversidad de temas desde cosmogonía y cosmología a problemas de vida y muerte, victoria y derrota, alegría y tristeza, deseo y carencia de deseo, servidumbre y liberación, rituales y sacrificios, monismo, monoteísmo, panteísmo, agnosticismo e incluso ateísmo. Sólo un profundísimo espíritu de síntesis podría enfrentar una masa tal de variedad temática y estructural con sentido de la unidad. El hinduismo en su núcleo básico no está atado a una iglesia ni a un sólo libro sagrado, sino que ha sido un fluir que permitió la fusión con miles de corrientes que se le han mezclado a lo largo de su larga historia. Ha reconocido desde el principio que cada individuo es un universo en sí mismo y debe descubrir su propia ruta a la salvación:

Ruchinâm Vaichitrayât
Rijukutilla nânâ pathi jushâm;
Nrnâm eko gamyas
Tâmasi Payasâm arnava iva.

“Debido a la variedad de gustos, los hombres buscan diferentes caminos, rectos o sinuosos, pero, como el océano para los ríos, Tú eres su única meta”.

Los Vedas nos habla de una raza muy dinámica y enérgica que adoraba a dioses como Indra, que se llama también Purandhara o

destructor de ciudades y fuertes y es muy aficionado a una conquista después de otra. Es obvio que la mención de ciudades y fuertes se refiere a las de la cultura Sindhu conquistadas por los arios védicos. Sin embargo, aunque las ciudades fueron conquistadas, la cultura Sindhu permaneció. Con el paso del tiempo Indra mismo es conquistado en el sentido de que en el Yajur Veda es un dios menor y Śiva, la deidad máxima de la cultura Sindhu, se convierte en Mahésvara, el Gran Dios. El panteón védico lo aceptaba también como Mahayogi. Hasta el culto del Linga o culto fálico del período del Valle del Indo fue aceptado por los arios. Yajur Veda ordena de hecho el culto a Linga incluso para el Ashwavedha Yajñá, el sacrificio para establecer un dominio político sobre toda la India al sur de los Himalaya.

El Śiva de los Sindhu sobrevive como Pashupati, el Protector y Señor del mundo animal en el panteón védico. El principio de unidad que surge con tanta fuerza en los Upanishads atenta contra el pensamiento mismo de que debería haber una dicotomía que marque y divida los mundos del hombre y de los animales. El espíritu en su marcha revolucionaria lucha por la perfección y aquellos que han nacido como animales en una vida pueden ser hombres en la siguiente. Pero puede haber también una retrocesión, si no se tiene suficiente cuidado. Así la cultura Sindhu se aseguró una máxima influencia en la mente de los Vedas y los Rishis védicos. La importancia de Śiva sigue creciendo hasta llegar a su punto culminante en la trinidad hindú de Brahma, el Creador; Vishnu, el Protector y Śiva, el Destructor, en las Puránas. Y también Râmâyana, Rama, el héroe del poema épico, no puede ni siquiera llevar a cabo su misión de destruir al demonio Ravana sin adorar a Śiva. Sin sus bendiciones, Rama, la encarnación de Vishnu, una deidad védica, no puede construir el puente para cruzar a Sri Lanka a culminar su conquista. Y la maravilla de esta síntesis es que, a su vez, Mahâyogi Śiva medita sobre Vishnu, el Señor Resplandeciente, del cual Rama es una reencarnación. No hay mayor ejemplo de síntesis de las tradiciones Sindhu y védicas. La ascensión de Śiva en el panteón hindú es en realidad excepcional. Veamos la plegaria de Rama hacia él en el Râmâyana de Tulsidas algunos siglos más tarde.

Namamîshamîshân nirvâna rûpam
 Vibuhum Vyâpakam Brahmaveda Swaroopam;
 Ajam, nirgunam, nirvikalpam, nirîham,
 Chidakashamâkâsha vâsam Bhajeham.

Aquí Śiva es la máxima verdad, el Brahman mismo. El señor Rama dice:

“Mi salutación al Señor Śiva quien en toda su majestad es la única salvación del mundo; que no ha nacido, que está libre de atributos, de dualidades, de deseos; cuya conciencia es vasta e ilimitada como el firmamento, cuya morada es en los cielos, que es el glorioso Brahman y el Veda mismo”.

El mensaje constante de la tradición védica, upanishádica y puránica ha sido entonces que lo Personal y lo Impersonal, Dios y lo Absoluto, son una sola y única cosa y que todo en el Universo es una variante del Ser Supremo. La ilusión panteísta se reduce una y otra vez a la unidad monoteísta de los Puranas y la unidad mónica de los upanishads. En realidad el espíritu de síntesis es tan fuerte que la Verdad Suprema es descrita como Ser y No-Ser, Sat y Asat.

En ningún lugar es esta síntesis tan marcada como en el Bhagavad Gîtâ. El Canto Divino contiene setecientos versos y es parte de la Mahabhârata, un poema épico de más de cien mil versos. El Bhagavad Gîtâ es un sermón pronunciado por Krishna, el auriga de Arjuna, un héroe de la epopeya, dedicado a éste último en el campo de batalla. Krishna es el símbolo de lo Absoluto que ha asumido la forma humana para librar a la Tierra del Mal y Arjuna es el símbolo de un alma despedazada entre el apego por un lado y el abnegado cumplimiento del deber que le obliga a marchar contra las fuerzas del mal, sin considerar si están relacionadas con él por lazos de sangre. Cada una de nuestras vidas es un campo de batalla como éste. La lucha entre el bien y el mal es constante y eterna. En medio de esta lucha, el alma tiene que buscar la Verdad y unirse a lo divino. En su marcha hacia la divinidad puede buscar el camino del conocimiento o de la devoción o de la acción abnegada. Todos llevarán al mismo resultado. Pero debe hacerlo todo con sentido de rendición ante la voluntad del Supremo y con abnegada dedicación a su virtuoso deber. Puesto que no es fácil entrar en consonancia con lo Absoluto no Manifiesto, uno puede dedicarse y ofrecer todos sus pensamientos y acciones ante el altar de una divinidad personal. En lugar de las ofrendas mecánicas de rituales, uno debe luchar por alcanzar la ecuanimidad psicológica a través del Yoga de modo que la dualidad éxito-fracaso, alegría-tristeza, victoria-derrota no aflija el alma y ésta mantenga su sentido de la unidad con lo Divino inalterado por circunstancias externas como una llama firme a la que el viento no afecta.

Yathâ dîpo nivatasthô nengate sopama smrta
Yogino yatachittasya yunjato yogamâtmanah.

A través de los siglos el Bhagavad Gîtâ ha inspirado a indios y extranjeros. Su camino del conocimiento inspiró el Advaitismo de Śankara; su camino de la devoción produjo la visishtâdvaitavada de Ramanujam; su camino de la acción abnegada se convirtió en el tema central de Tilak Lokmanya y de Mahatma Gandhi, que llevó a millones de indios hacia la libertad. Muchos otros lo han interpretado a su manera, pero todos con gran admiración. Uno de ellos fue Emerson, el gran poeta norteamericano, que resumió el mensaje del Canto Celestial en uno de sus poemas más conocidos, "Brahma", de esta manera:

Si el asesino rojo piensa que asesina
o si el asesinado piensa que es asesinado,
no saben de los sutiles métodos
que uso, y paso, y regreso otra vez.

Lejos y olvido es cerca para mí,
la sombra y la luz lo mismo son,
los dioses desaparecidos aparecen ante mí,
y lo mismo son para mí la vergüenza y la gloria.

Malo es el destino del que me abandona,
si vuelan conmigo, las alas soy,
soy el que duda y la duda misma,
y soy el himno que canta el Brahmin.

Los dioses poderosos anhelan mi morada,
y en vano anhelan los siete sagrados,
pero Tú, dócil amante del bien,
encuétrame, y dale la espalda al cielo.

Emerson se sintió tan tocado por el espíritu indio de la unidad que comenzó de la siguiente manera su ensayo sobre historia:

No hay nada grande ni pequeño
para el alma que hace todo.
Y de donde viene, son todas las cosas,
y viene de todos lados.

Yo soy el dueño de la esfera,
de las Siete estrellas y el año solar,
de la mano de César, del cerebro de Platón,
del corazón de Cristo y del estilo de Shakespeare.

El verso nos recuerda el axioma upanishádico: Aham Brahmasmi: Yo soy el Brahman. Soham: Yo soy El.

Emerson continúa diciendo:

“Hay una mente común a todos los hombres individuales. . . El que tiene acceso a esta mente universal es parte en todo lo que se ha hecho o puede ser hecho, pues éste es el único agente soberano”.

Desde los tiempos de los vedas y las epopeyas, bajemos a la Era del Buddha, el Iluminado.

La verdad profunda y sutil de los Upanishads representaba la quintaesencia de la sabiduría upanishádica. El mismo Bhagavad Gîtâ fue un upanishad incorporado al Mahâbhârata. Pero con el paso del tiempo la herencia védica se fue desgastando debido a una excesiva insistencia en el ritualismo por un lado y el ascetismo por el otro. Fiel al espíritu de síntesis, Buddha descubrió el Sendero Medio. Aceptó la doctrina de Kârman, de la ley de cese. Aceptó también la tesis de punarjanma, el ciclo de nacimiento y muerte como una realidad de la vida. También habló de Moksha o Nirvana, es decir, la liberación de ese ciclo como la meta más alta de la vida. Pero dijo que era imposible lograr esto último mediante rituales elaborados o la mortificación de la carne debida a severas prácticas ascéticas. El Nirvana podía ser alcanzado sólo poniendo en práctica las cuatro Nobles Verdades: Chatvâri ârya satyâni, y siguiendo el Majjhimâprati-pada, el Sendero Medio. Estas eran:

1. La Noble Verdad del Sufrimiento o el Dolor. El nacimiento es dolor, la vejez es dolor, la muerte es dolor. La unión con lo desagradable es dolor, la separación con lo agradable es dolor. En resumen, los cinco grupos de unión son dolor.
2. La Noble Verdad de la causa del dolor. La causa del Dolor es el deseo o ansia que lleva al renacimiento.
3. La Noble Verdad del cese del Dolor. El dolor puede cesar mediante el cese del deseo.

4. La Noble Verdad del óctuple Sendero que lleva al cese del Dolor: el *Āryāṣhtangic Marg*, el Sendero Medio. Este consiste en lo siguiente:

Vista correcta, pensamiento correcto, habla correcta, acción correcta, vida correcta, esfuerzo correcto, cuidado correcto, y concentración correcta.

De este modo, el énfasis de Buddha recayó sobre la moralidad, o disciplina y buena conducta interior. *Maitri*, la hermandad universal, y *Karuna*, la compasión universal, ocupaban un lugar muy alto en sus pensamientos. Denunció las distinciones de casta como degeneraciones y creía en la perfecta igualdad de todos los seres humanos. Para perpetuar sus ideas, Buddha estableció también la primera orden monástica del mundo. Asimismo, fue él quien estableció los primeros conventos. Y para la administración de los monasterios prescribió un sistema democrático basado sobre resoluciones por voto y éstas tenían validez con un quorum mínimo. Vivió en lo que se llama la Era de la República en la India, y, aunque nació príncipe, se regodeaba en el espíritu democrático de la época. También perteneció a la época del gran fervor intelectual en el mundo que dio nacimiento a Confucio y a Lao Tse en la China y a Sócrates, Aristóteles y Platón en Grecia.

Sin embargo, Buddha trabajaba dentro de la herencia tradicional de la India y, aunque intentaba reformarla, estaba lejos de dejarla de lado. El suyo fue un movimiento de reforma, no el establecimiento de un nuevo credo. Su mensaje fue llevado a los cuatro rincones de la India por *Aśoka*, que estableció el primer reino nacional indio unos trescientos años después de Buddha. *Aśoka* envió también misioneros a tierras lejanas como Egipto, Grecia, Burma y Sri Lanka. Como verdadero seguidor de Buddha, sin embargo, y de la tradición india de tolerancia, decía en sus edictos que aquellos que dañaran las sectas y religiones de otros le causaban daño a las suyas propias. Había visto mucha pérdida de vidas humanas en una guerra de expansión nacional y, conmovido por esto, había decidido convertir “los tambores de la guerra en los tambores de la rectitud”. Su mensaje fue, por consiguiente, el mismo que el de Buddha: amor y paz universal y no-violencia.

Más tarde, cuando el Buddha fue endiosado y el budismo comenzó a adquirir las características de una religión separada, el hinduismo, que todo lo abarca, lo aceptó como reencarnación de *Vishnu* y absorbió al Buddha y al budismo dentro de sus fronteras ilimitadas. El espíritu de síntesis volvió a ganar una victoria. Más aún, el

budismo mismo admitió en su panteón una serie de dioses y diosas hindúes y en sus prácticas rituales una buena medida de Tantra. Ambas religiones asimilaron las formas de la otra. En cuanto a su doctrina filosófica, el Advaita de Śankaracharya se acercó tanto al budismo Mahayâna que incluso en vida de Śankara éste fue acusado de ser un budista clandestino. La distinción entre los dos credos no ha dejado de disminuir y los hindúes consideran a Buddha y su palabra como parte de su propia herencia.

Otra gran figura de los tiempos de Buddha fue Mahavira Digambara Jaina. Mahavira creía que todo en el Universo consistía de átomos que no eran inanimados sino llenos de vida, y llevó su no-violencia hasta tal punto que sus devotos debían cubrirse la nariz con una tela para inhalar aire filtrado. La práctica continúa, pero otra vez la doctrina de Mahavira y el cuerpo de dioses y diosas que creció a su alrededor en el estilo del panteón hindú llevó a una síntesis inevitable, y se hace difícil en ocasiones distinguir los motivos escultóricos de las tres sectas. Aunque hasta cierto punto los monasterios budistas son diferentes de los templos hindúes, prácticamente no hay distinciones en las formas arquitectónicas y escultóricas en el hinduismo y el jainismo. En la India, los budistas y los jainistas son considerados partes del hinduismo y un hindú acepta la tradición de paramparâ como parte de su rica herencia cultural.

La era de Aśoka estuvo marcada por una intensa interacción entre la India y las otras dos grandes civilizaciones contemporáneas, Grecia y Persia. La conquista de persia de Alejandro lo trajo a las puertas de la India y aunque luego de algunas sangrientas escaramuzas en los estados noroccidentales de la India, sus fuerzas lo obligaron a retirarse, sus satrapías al Noroeste de la India llevaron a la intensa mezcla de culturas orientales con las de Grecia.

Chandra Gupta Maurya, el abuelo de Aśoka, venció a Seleuco, que reinaba desde la Bactria, se casó con su hija Helena y estableció las bases del imperio Mauryano. También aceptó en su corte a un embajador griego, Megasthenes. La fusión de las dos culturas del mundo, la India y la Griega, llevó al florecimiento de nuevas formas artísticas. Las primeras imágenes de Buddha que aparecen en Gandhara, al extremo noroeste del imperio Mauryano, Afganistán en la actualidad, están realizadas en el transparente estilo griego. Con el paso de los años serían adoptadas, de manera que las figuras de Buddha en Sarnath, en la llanura del Ganges y más tarde en Ajanta, al oeste de la India son inmaculadamente indias. Con los griegos llegaron también sus monedas. Fueron imitadas en la India y mezcladas con la tradición numismática propia de la India. Para la época

de los Guptas en el siglo cuarto después de Cristo, India acuñaba algunas de las monedas más hermosas jamás vistas en la historia del mundo con motivos que igualaban los de Grecia y Roma pero con contenido verdaderamente indio. En el campo de la arquitectura, hay mucho terreno en común entre los pilares de Aśoka y los de Persépolis, pero cuando volvemos a los grandes templos de roca tallada de la India y más tarde a los hermosos templos construidos en toda la India a principios de la era medieval, el genio de la India supera cualquier sugerencia de influencia extranjera. El espíritu de síntesis garantizaba que aunque no hubiera resistencia a las cosas extrañas, en última instancia éstas debían ser forjadas en el molde nacional de modo de contribuir así a la riqueza y variedad de una larga tradición autóctona. Además, la filosofía y la religión indias ejercían tal fascinación sobre los extranjeros que llegaban a la India, ya fuera en tren de conquista o de establecerse, que no sólo individuos como Menandro y Heliodoro adoptaron nombres indios y credos indios, sino que dinastías completas como la de los Escitas, los Kushanas y los partos se convirtieron al budismo o al hinduismo. De modo similar, tribus enteras como la de los hunos fueron aceptadas en el seno del hinduismo.

En la perspectiva integral india de la vida, el logro de cumbres filosóficas no impedía grandes progresos en humanidades, ciencias y arte. Durante la época de los Guptas la religión alcanzó un nuevo punto culminante. Las divinidades adquirieron una forma tangible puesta de manifiesto en la exquisita escultura que caracteriza a la época, y se escribieron grandes obras filosóficas sobre los seis sistemas de la filosofía india. Durante el mismo período, la India alcanzó nuevas alturas en matemáticas y astronomía. El descubrimiento del cero y del sistema decimal fue revolucionario para el progreso de las matemáticas. Aryabhata, responsable de este sistema, también descubrió que la Tierra rotaba sobre su eje y calculó, con un mínimo margen de error, la duración del día y del año. También calculó correctamente los eclipses. Varāhamhira, otro gran científico de la época, contribuyó en gran manera en todas las ramas de las ciencias nacionales. Los sistemas medicinales indios fueron introducidos en el mundo exterior por los monjes budistas que con el correr del tiempo establecerían sus instituciones tan al norte como en el Japón, a través del Tibet, Mongolia y China, y por toda el Asia central. A su vez monjes budistas de la fama de Fahien y Huentsang visitaron la India, y las Universidades indias en Texila, Nalanda y Vikramasila se convirtieron en centros de conocimiento para estudiantes de tierras y culturas remotas. Eruditos como Atīsa y santos como Padmasambhava fueron desde la India al Tibet y de Ku-

mârijîva a la China, tradujeron obras budistas al tibetano y al chino a partir de los cuales fueron otra vez traducidas a otros idiomas asiáticos a medida que el budismo se extendía. El budismo recibió un nuevo impulso durante el reinado de Harsha, quien se convirtió en seguidor de Buddha pero que, como muchos de sus predecesores, siguió siendo hindú y ofrecía oraciones y adoración a dioses hindúes.

Mientras que por las llanuras indo-gangéticas se transmitía de manera casi permanente la cultura de la India más allá de los Himalaya, de modo que los pueblos de Asia central y del Lejano Oriente se convertían todos en masa al budismo, la cultura hindú se expandió al Sudeste asiático a partir del sur de la India y las instituciones hindúes se establecieron en Camboya, Siam (Thailandia en la actualidad) y Malasia, y en las islas Borneo, Java, Sumatra, Bali, etc., en el archipiélago de Indonesia.

El Islam llegó a la India primero con los mercaderes árabes y luego con la espada de los conquistadores musulmanes. Al principio la India sufrió mucho a manos de estos conquistadores pero cuando Delhi se convirtió en su capital, los inmigrantes se "nacionalizaron" muy pronto. Desarrollaron orgullo nacional por ser soberanos del Hindustán y muchos de ellos trabajaron por promover la armonía entre los elementos nativos y extranjeros. El Islam indio, en particular en los estados de Bengal, Jaunpur, Gujrat y Malwa, comenzó a dejar ver características de síntesis entre las dos culturas ya en el siglo quince. Por ejemplo, Ahmed Shah, que fundó la ciudad de Ahmedabad en Gujrat, elevó hermosas estructuras con marcada influencia de arquitectura hindú. Su sucesor también patrocinó el arte hindú. Bajo soberanos como el Sultán Mohammed, según sus crónicas, los musulmanes y los hindúes mantuvieron relaciones amistosas los unos con los otros. En el estado de Malwa, el Sultán musulmán tenía un Primer Ministro hindú. En Jaunpur las mezquitas y palacios de los soberanos musulmanes exhibían una feliz combinación de dos estilos arquitectónicos. Sir John Marshall, un historiador occidental de la India notó enfáticamente que el arquitecto musulmán, con su rica herencia de patrones sasánidas y bizantinos, desarrolló una nueva visión cuando miró los grandes edificios de la India y aprovechó al máximo esto creando nuevos diseños y patrones de belleza. Incluso bajo los más intolerantes de los reyes, Alauddin Khilji y Firoz Tuglaq, los líderes de la religión hindú recibieron honor y reconocimiento. La unión de ambas culturas fue facilitada en mucho por el hecho de que aún bajo soberanos musulmanes la mayoría de los funcionarios públicos siguieron siendo hindúes y las conversiones forzadas no podían lograr los servicios de tantas perso-

nas eminentes como las que se requería para gobernar los extensos territorios de la India. Bajo los soberanos musulmanes hubo grandes movimientos hindúes como el Vaishnavismo y el Saivismismo que continuaron creciendo. Y conocidas figuras devocionales como Jayadeva, el autor de *Gîtâ Govinda*, Mirabai, Ramananda y Kabir, surgieron durante el período musulmán de la historia de la India. Kabir era un musulmán con mente hindú y sus canciones Bhakti fueron muy populares entre las masas hindúes.

El Islam, con su mensaje de un sólo Dios y de la igualdad de todos los seres humanos avivó la antigua noción del pensamiento indio sobre la unidad de todas las cosas. Los grandes Movimientos Bhakti que surgieron en la India durante este período reafirmaron la creencia de que se puede llamar al Ser Supremo con cualquier nombre, Rama, Síva, Vishnu, Krishna, Kali o Sakti, puesto que todas son manifestaciones de una y la misma realidad. El Movimiento Bhakti de la India se mezcló y se fundió muy bien con el movimiento sufí del Islam. Ambos se apoyaban sobre la base del Misticismo. Gurú Nanak, el fundador del Sikkismo, también apuntaba a crear un credo que armonizara lo mejor de la tradición india con lo mejor del Islam. Su objetivo no era crear una religión exclusiva sino una sincrética basada por completo sobre la herencia india de Nirguna Brahman que estaba, para él, en completa armonía con el énfasis del Islam en un sólo Dios.

El punto culminante de la síntesis indo-musulmana fue el período de los mogoles. Akbar, el más grande de los reyes mogoles, fundó una nueva religión llamada Din-ilahi que no sólo intentaba una fusión del hinduismo y del Islam sino que buscaba también asimilar lo mejor de otras religiones conocidas en su tiempo. Fue inspirado por la creencia india de que concederle exclusividad a un dogma o fe era imponer limitaciones a las fronteras del conocimiento y la experiencia. Akbar no se limitó a designar a un Raja hindú, como Man Singh, como gobernador de la región musulmana fronteriza de Kabul sino que también le dio plena libertad a sus consortes hindúes para que practicasen su fe. Dentro de las cuatro paredes del Fuerte Rojo en Delhi, el templo y la mezquita se yerguen el uno al lado de la otra. El mejor músico de la India, Tan Sen, surgió en la corte de Akbar y algunas formas clásicas de danza alcanzaron el punto máximo en su época. Algunas de ellas, como Kathak, originada en Lucknow, el corazón de la llanura indogangética, estaba fuertemente embebida de influencias musulmanas. Como Akbar, su hijo Jehangir y su nieto Shahjehan miraban a todos sus súbditos sin hacer diferencias. Y Shahjehan se hizo inmortal al construir un

monumento único en honor de su esposa Mumtaz, y este monumento contiene la más bella amalgama de las formas arquitectónicas hindúes y musulmanas. El Taj Mahal es una maravilla del mundo tanto en su concepción como en su ejecución. Es un monumento al espíritu de síntesis de la India que pudo entrelazar dos hilos tan completamente distintos y orgullosos de cultura en una entidad homogénea de manera tan magnífica.

Ya hemos recorrido cerca de doce millones de años por los corredores de la Historia india desde los días del Ramapithecus. Recorramos ahora la última fase de alrededor de doscientos años. Esto nos trae a los días del Imperio Británico. No hay nada en común entre la traición y la violencia de Clive, que sentó las bases de este imperio, y la devoción a la verdad y a la no-violencia con la cual Mahatma Gandhi produjo su caída. Y sin embargo durante el período británico los dos, el Este y el Oeste, se encontraron en más de una manera. Los británicos no llevaron Europa a la India pues la India comerciaba con Roma desde antes del nacimiento de Cristo y conocía bien Grecia antes de esto. Probablemente los británicos no conocieran Grecia en ese entonces. Pero los británicos abrieron las puertas de la India una vez más a las influencias británicas, y de la misma forma las de Europa a la filosofía y la tradición de la India. No llevaron el cristianismo a la India pues la India conocía dicha fe desde el 58 d.c. y probablemente Cristo haya pasado sus años de formación en Cachemira antes de predicar su fe. Pero los misioneros occidentales hicieron que la India se cuestionara sus propias prácticas sociales lo que llevó al surgimiento de movimientos religiosos como Brahma Samaj y Arya Samaj que se propusieron erradicar de la sociedad hindú algunos de sus anacronismos. Un nuevo renacimiento hindú produjo santos como Ramakrishna Parmananda, Vivekananda, Yogananda, Aurobindo y Mahatma Gandhi que estudiaron todos el mensaje de Cristo en profundidad y declararon que era el mismo de su propia religión puesto que se basaba sobre la Verdad y el Amor. Los británicos no introdujeron la democracia a la India, puesto que la India tenía sus repúblicas aún dos milenios y medio antes cuando Buddha pisó su suelo, pero un gran número de intelectuales indios tuvieron acceso a sus propias universidades, donde se regodearon en su amor por la libertad intelectual y obtuvieron conocimientos sobre el sistema parlamentario. Esto incluyó entre otros a Mahatma Gandhi y Jawaharlal Nehru. Cuando la India se independizó, se convirtió en la mayor democracia de la tierra en el sentido moderno del término. Los británicos también dejaron el legado del idioma inglés. Aunque habla-

do por sólo un uno por ciento de los indios cuando la independencia, la India no dudó en adoptarlo como su idioma oficial. Y ésta es una nación que ha desarrollado una de las primeras escrituras en el mundo y que cuenta con gran cantidad de idiomas nativos, entre los cuales algunos, como por ejemplo el sánscrito y el tamil, tienen los más ricos tesoros literarios. Nada puede ser un tributo más grande al espíritu de síntesis de la India.

Como conclusión podríamos decir que si la Civilización india sigue siendo una organización viva aún a milenios de su nacimiento y no ha sufrido el destino de sus hermanas en otras partes del mundo, ha sido por su notable don de síntesis. En medio del tumulto y los afanes ha retenido un centro de espiritualidad que le hace ver que funcionamos en varios niveles de conciencia y que es tan importante para el hombre descubrirse a sí mismo como descubrir el mundo exterior. La India nunca ha considerado el espiritualismo y la ciencia como dos entidades opuestas, sino como el anverso y el reverso de una misma moneda, de la búsqueda de la verdad. Por fortuna hoy en día en el mundo de la ciencia hay suficiente conciencia de que un gene no es sólo materia sino que desde el principio lleva un contenido psico-espiritual y que cuando una vida se desintegra, de la misma manera en que sus componentes materiales se funden con los elementos a su alrededor, su contenido psicológico y espiritual debe ir también a alguna parte. Esto ha llevado a varios científicos a señalar la existencia de una conciencia cósmica o una fuerza cósmica responsable del desarrollo ordenado de todo lo que existe en la naturaleza. Esto no se aleja demasiado de los conceptos indios de Purusha y Prakriti, de Jivâtmâ y Paramatmâ, de Janma y Punarjanma y del aforismo del Bhagavad Gîtâ que dice que el espíritu es eterno, no nacido, no sujeto a los caprichos del cambio; que el fuego no puede quemarlo, ni el agua mojarlo, ni el aire secarlo, ni las armas herirlo.

Na jâyate mriyate vâ kadachid,
Nayam bhûtva bhavitâ vâ na bhûyah;
Ajo nityah śâśvato'yam purâno,
Na hanyate hanyamâne śarire.

Nainam chhindanti śastrâni,
Nainam dahati pâvakah;
Na chainam kledayantyâpo,
No śoshayati Mârutah.

Achchhedyo'yam adâhyoyam,
Akledyśoshya eva cha;
Nityah sarvagatah sthanuh
Achalo'yam sanâtanah.

La tierra es un globo. Oriente y Occidente no son más que palabras de conveniencia. La raza humana también es una sola. Por lo tanto, que el este y el oeste se encuentren en la gloria del espíritu universal y experimenten una nueva alegría de vivir basada sobre la Verdad, el Amor y la No-violencia. Una nueva síntesis surge de las cenizas de nuestros conflictos pasados. Debemos atraparla y avanzar hacia un nuevo amanecer en nuestra historia.

Gracias.